

LUIS MERINO REYES

GONZALEZ ZENTENO, EL  
NOVELISTA

---

EL JUEVES 16 de noviembre de 1961, falleció en el hospital José Joaquín Aguirre, de esta capital, el novelista Luis González Zenteno, después de que los médicos intentaron en vano operarlo de una afección al píloro. Muy pocos días antes de que Luis González Zenteno se hospitalizara, lo encontramos en la Plaza de Armas y cuánto nos extrañó su delgadez, tan rara en él, nos informó, mirándonos bondadosamente con sus ojos miopes, que estaba sometido a un riguroso control médico, y, luego conteniendo una sonora carcajada, su antigua risa de hombre sano, nos dijo que el médico le hablaba de los efectos de una afección etílica. Pero la esposa del novelista observaba la escena, sin compartirla, bastante entristecida, como si la abrumara una dolorosa información o un presagio muy cruel.

El novelista nació en Iquique el 24 de abril de 1910 y fue como la mayoría de los escritores nacionales, anteriores al movimiento actual de escritores universitarios, autodidacto. Sus primeros escritos los publicó allá por el año 1925, en la revista *Primavera*, del Liceo de Hombres de Iquique; en seguida, publica sus colaboraciones, en prosa y verso, en el diario *La provincia*, también de Iquique, que dirige el viejo "lirio pampino", según Homero Bascuñán, Luis Ponce. En 1927, dirige el periódico anarquista "El surco". A los dos años funda y dirige la publicación libertaria *Juventud*, de la cual es tipógrafo y suplementero. Participa, además, en la organización del *Ateneo Obrero* de Iquique, y dirige el periódico de esta institución. Al publicarse el quincenario *Ahora*, pasa a ser uno de sus redactores. Posteriormente, dirige el diario *La Ley*, de Pisagua, y desempeña la subdirección del rotativo "Crítica", de Iquique.

En Santiago, laboró como redactor de "Consigna" (órgano oficial del Partido Socialista), cronista de "La Opinión" y "La Crítica",

reportero de la revista "Ercilla", director de las revistas "La Palabra" y "Revista 4054", de la Caja del Seguro Obligatorio. Colaboró también en las revistas "En Viaje", de los Ferrocarriles del Estado; "Unidad", del Servicio de Seguro Social, y otras publicaciones.

Como cuentista, Luis González Zenteno, publicó *Piratas del desierto*, en 1953. Ese mismo año obtuvo el Premio Renovación, del Ministerio de Educación, por su cuento *Un milagro en la montaña*, publicado en los números 349-350, de la revista "Atenea" y que finaliza así: "El Compale se cruzó de brazos y contempló las cumbres nevadas, el anfiteatro de piedra, el sol moribundo y experimentó la impresión de que él también había muerto y resucitaba en un mundo nuevo, sin egoísmo, sin tragedias, con el licor de la bondad colmando la copa de los espíritus". Prosa que está cerca del poema y de la oratoria alegórica.

En 1954, su novela *Caliche* obtuvo la Primera Mención Honrosa en el concurso organizado por la Editorial Nascimento. El premio de este torneo lo ganó Carlos Droguett, con su novela *Sesenta muertos en la escalera*, que lleva prólogo de Juan de Luigi. *Caliche* obtuvo también el Premio Municipal de ese año, con un jurado que integraron Raúl Silva Castro, Nicomedes Guzmán, un regidor cuyo nombre en este instante no recordamos, y quien escribe estas líneas. En 1956, apareció su segunda novela *Los pampinos*. En 1958, es premiado con *El ancestro*, en los Juegos Literarios "Gabriela Mistral".

Luis González Zenteno, autodidacto y novelista, enviciado con la espesa tinta de imprenta de los diarios, revistas y libros, dueño de esa realidad sustentada en soportes inasibles que viene a ser la literatura, la letra impresa interpuesta entre el ser y la vida, cumplió, en cierto modo, su destino. Recibió nuestros premios locales, fue apreciado por la crítica y el público chilenos, sintió llegar hacia él esos estímulos claros, ajenos a toda sutileza, que implica el triunfo, el logro de los lectores estudiosos y del público.

Pero en nuestro último diálogo sólo hablamos de su novela entonces recién aparecida, con pie de imprenta de Barcelona, bajo una portada folletinesca, *Una lágrima para el juez*. En homenaje a su persona desaparecida y a su única realidad posible, la del escritor, del novelista medular, avasallador, vamos a intentar un juicio crítico.

La continua observación a la forma atiborrada de adjetivos de Luis González Zenteno, hizo su impacto en su sensibilidad siempre alerta. La forma de *Una lágrima para el juez*, se advierte decantada, más sobria, más próxima al rigor seco del carácter chileno, al menos de lo que nosotros estimamos como el tono de los clásicos chilenos.

Un juez que ha administrado justicia durante cerca de treinta años, recibe una carta en el muelle aislamiento de su domicilio, un mamotreto que lee, después de acostarse en su habitación calefaccionada. Es la misiva de un criminal, de un condenado a muerte que se desahoga ante el juez, con la esperanza de que su pena sea rebajada o al menos de que su caso humano sea comprendido, visto en una dimensión nunca permitida por la frialdad de la letra judicial, del apremiante papel sellado. El condenado a muerte es un mozo que mató a su padre, un monstruo a quien odiaba desde el refugio feble de su buena madre. Pero antes de la condena está la vida del muchachito, un ser sensible, en pugna con la barbarie de su ambiente y también influido en algunos trechos de su existencia, por ese mismo medio, asediante, cruel. Las peripecias dolorosas no escasean. González Zenteno poseía una aptitud folletinesca para deformar la realidad en el justo grado de la fábula y logró presentar sus personajes, trazados con muy pocos rasgos, como si en la decisión del autor de perfilarlos, hubiera bullido algo de rubor y hasta de piedad.

González Zenteno elaboró su novela en capítulos breves por cuyas líneas y entrelíneas se van sucediendo las hazañas. A veces sus personajes, en especial, el padre, cambian de contenido íntimo, su personalidad se altera y hasta corre el riesgo de disgregarse, pero el continente y su dinámica son siempre los mismos. Siempre van y vienen, riñen, beben como si dentro de sí llevaran insaciables esponjas, etc. Los niveles de la ascendencia social, de la clase que tanto hace odiarse a los hombres entre sí, se entremezclan y alteran, rebrotan en actitudes, pensamientos y expresiones más o menos civilizadas que saltan al lector atento, como desahogos humanos o literarios mal controlados, pero la novela *Una lágrima para el juez*, se salva por su integridad y por la firme construcción de uno o dos personajes. La madre y el muchacho son las cepas mejores, el metal más noble del conjunto y mantienen su condición desde el comienzo de la obra hasta el fin.

No vamos a referir, por cierto, todo el asunto. Gonzalez Zenteno soslaya en su *lágrima para el juez* los más complejos problemas humanos, los vericuetos más enredados desde *Edipo Rey* hasta nuestros días, que pueden ser esencialmente los mismos días del hombre antiguo. Y lo hace sin petulancia, sin escapismo intelectual, acaso sin saberlo. Se trata apenas de un hijo, de un muchacho iquiqueño que ama entrañablemente a su madre, tal vez por lo mismo que siempre la ha visto en el límite de un salvaje peligro y a quien acompaña, conteniendo su impulso vengador, hasta el fin, hasta el más doloroso de

los finales con todos los percances humanos que es dable imaginar, hasta con una inmersión en el horror de la locura. Por cierto que una insanía sentimental, de folletín, con camisa de fuerza y risas estentóreas. Y a pesar de las innúmeras dificultades, de los tropiezos que él mismo se levantó, como si anhelara subconscientemente probar su aptitud de fabulador, el novelista triunfó en su tarea y el lector no abandona fácilmente el libro. Primera exigencia de la literatura: vivir en la sensibilidad apasionada de un lector, volver a crear en vivo la dimensión de un universo sensible que sólo vio, en su relativa nitidez, el escritor.

Pero ahora Luis González Zenteno, está con sus manos afectuosas y regordetas cruzadas sobre el pecho, en los últimos recintos del Cementerio General, bajo una lápida sencilla, frente al cielo y los campos verdes que se adosan en los cerros urbanos salpicados de musgo y de desoladora miseria humana. Si pensamos en su vida buscando la conformidad que ha de existir entre el propósito, el anhelo de un hombre y su fin, fue el gordo González Zenteno un escritor que se bastó a sí mismo y rebasó hacia los demás su noble resonancia artística. Una proeza que en nuestro ambiente económico y social es digna de señalarse, que da a un escritor honrado fisonomía de sobreviviente —aunque él mismo ya no existe— en medio del cieno y de las voraces dentelladas.